

LITERATURA PREFASCISTA Y LA GUERRA DE MARRUECOS

Dionisio VISCARRI
The Ohio State University-Denison University

BIBLID [0213-2370 (1996) 12-1; 139-157]

El presente estudio ofrece un análisis ideológico de la narrativa de tema marroquí escrita por tres futuros partícipes del movimiento fascista en España. Empleando las obras de Francisco Franco, Luys Santa Marina y Ernesto Giménez Caballero, se examinan indicios de lo que sería el discurso oficial de la Falange y del régimen franquista.

The following study offers an ideological view of Pre-Fascist narrative works dealing with Spain's Moroccan experience. Through the writings of Francisco Franco, Luys Santamarina, and Ernesto Gimenez Caballero, samples of what would be the official discourse of the Falange and of the Francoist Regime, are examined.

Los estudios recientes sobre la literatura fascista española suelen adherirse a la postura crítica tradicional que se centra en torno a la producción narrativa relacionada con la guerra civil o con las obras escritas en el tono triunfalista de la posguerra.

A pesar del consenso crítico casi unánime sobre la existencia de una fórmula retórica y de unos *topoi* comunes presentes en los textos falangistas, no se ha prestado suficiente atención a las fases de desarrollo de estos elementos. Una de ellas acapara todo el legado de textos que fueron escritos sobre las experiencias que tuvieron en el intento colonialista de Marruecos los, en aquel entonces, fascistas germinales.¹

¹ La presencia militar española en el norte de África se remonta al reinado de los Reyes Católicos con la conquista de Melilla llevada a cabo por Juan Alonso de Guzmán en 1497. Este hecho inicia la política africana española cuya prioridad reside en asegurar la soberanía de sus costas. El mantenimiento de los intereses españoles en la época que precede a nuestro siglo se limita a la ocupación de los pre-

El 27 de noviembre de 1912, el protectorado marroquí se otorga oficialmente a España, con el propósito de mitigar la tensión entre Alemania, Francia e Inglaterra en los años que preceden al primer conflicto mundial. A España le queda encomendada la vigilancia de unos kilómetros de territorio marroquí, en lamentable estado económico y desordenado status político. A este respecto, Giménez Caballero parece dar en el clavo de la cuestión cuando recuerda que tanto fenicios como romanos habían ignorado el Rif, señalando después «es un hueso para un perro y nosotros somos el perro» (29).

Como objeto de estudio se han seleccionado tres textos representativos que conjuntamente reúnen las características principales que con mayor o menor medida definen a la narrativa prefascista de la guerra de Marruecos. Empleo el término narrativa ya que las obras en cuestión son por lo general autobiográficas y corresponden a un subgénero híbrido que oscila entre las crónicas periodísticas de guerra, la novela testimonial, y la metaficción. El resultado es una fábula muy personal vista a través de un narrador unidimensional que selecciona y manipula arbitrariamente aquellas experiencias que busca enfatizar con fines ilustrativos de cierta ideología.

Las tres obras en cuestión son *Tras el águila del César: Elegía del Tercio, 1921-1922* de Luys Santa Marina (1898-1980), *Notas marruecas de un soldado* de Ernesto Giménez Caballero (1899-1988), y *Diario de una bandera* del entonces comandante Francisco Franco Bahamonde (1892-1975). Las dos primeras fueron publicadas en 1923 y la última en 1922, es decir, cuando las experiencias narradas estaban aún recientes. Como se ve, éstas gi-

sidios de Ceuta (1640), Melilla (1497), isla de Alhucemas (1673), Peñón de Vélez de la Gomera (1564) y las islas Chafarinas (1848). La defensa de estas plazas provocó numerosos incidentes y varias guerras (1774, 1859, 1893, 1909 y 1921). La situación toma un matiz abiertamente expansionista a partir de 1912.

ran en torno a los acontecimientos inmediatamente anteriores y hasta un año posteriores al llamado desastre de Annual.²

El interés crítico de estos textos reside por una parte en su función precursora de una serie de conceptos artísticos e ideológicos que serían adoptados una década después para formar parte de la plataforma política de los grupos de extrema derecha y en concreto de Falange Española. Por otra parte, importa comprender la situación española y sobre todo el estado del ejército, gran aglutinador y movilizador de los movimientos conservadores, en los años que preceden a la última y más sangrienta de nuestras guerras civiles.

Todo esto trasciende a un tercer punto de importancia, que en nuestro afán por analizar los contenidos, desatendemos con frecuencia, y que está relacionado con el indudable valor estético que en su totalidad o en ciertos pasajes disfrutaban algunas de estas obras dentro de la literatura bélica.

Refiriéndose a la literatura nacional-sindicalista alemana, Titus Sucks comenta: «The fascist intellectual and artist remains for a great many literary historians a somewhat embarrassing issue... the criterion of esthetic quality is most often used to dismiss the literary product as worthless and not memorable» (3). El desprecio crítico bajo al que se ha venido sometiendo a la literatura fascista corresponde a una peligrosa, aunque comprensible, simplificación evaluativa basada exclusivamente en las conexiones directas o indirectas que un texto pueda tener con un régimen político determinado. De esta manera, se sigue perpetuando una poderosa

² El 27 de julio de 1921, el mal concertado avance hacia el oeste del general Silvestre para unir Melilla con Alhucemas, provoca la caída de Igueriben a manos de Abd el- Krim e inicia una serie de repliegues que habrían de causar la sumisión de todas las guarniciones españolas en el sector oriental del protectorado. En poco más de nueve días caerían sucesivamente Nador, Monte, Arruit, Dar Drius... y pondría en peligro a la misma Melilla, dejando un saldo de 9.000 bajas españolas y 5.000 kilómetros cuadrados de territorio perdido.

cadena de mitos comparable a la máquina propagandista fascista que se intenta desprestigiar. Por eso, hoy en día, se aceptan sin el debate necesario generalizaciones como la referencia de Strachey al «Profoundly anti-cultural character of Fascism» y se toma como presupuesto la «Deadly enmity of Fascism for every form of culture» (7).

Este año marca el vigésimo aniversario de la disolución del régimen fascista en España y por extensión, aunque para muchos sea discutible, de parte del caparazón ideológico de la Falange. En los cuatro lustros que nos distancian de la mencionada fecha ha madurado una nueva generación libre de las connotaciones positivas o negativas que tradicionalmente han venido forjándose en torno a los casi 70 años de presencia ideológica fascista en la realidad española. Hasta ahora, los ríos de tinta vertidos para analizar el desarrollo de la ideología falangista casi siempre han implicado una posición de defensa o de ataque en relación con los intereses del crítico pertinente. El resultado ha sido generalmente la politización maniqueísta de estudios que a pesar de sus indispensables aportaciones intelectuales, inconscientemente lastran su aproximación crítica con cierta carga emotiva.

Aclarados estos presupuestos, procedo a presentar brevemente las obras que nos ocupan, señalando los aspectos más peculiares de éstas.

Tras el águila del César representa la síntesis narrativa de los aspectos más externos y llamativos del pensamiento de lo que en la actualidad se llamaría la extrema derecha. El culto de la acción, la glorificación de la muerte, el amor patrio incondicional, la mentalidad expansionista, la exaltación de lo vital, el respeto por la tradición, acompañan a un discurso que tiene pretensiones épicas y que se apoya en una intertextualidad construida con textos del Siglo de Oro.

La fábula de esta obra traza la trayectoria militar africana de un protagonista colectivo «La catorcena compañía dicha “de las cabezas”» (Santa Marina, xi), y del legionario Robles Lavín (quien se sospecha es el propio Santa Marina) en las operaciones llevadas a cabo para recuperar y asegurar las plazas perdidas tras la ofensiva rifeña del verano de 1921. El lector es testigo de las peripecias y tragedias en las que participa dicha compañía desde su llegada al protectorado, procedente de Nueva York, hasta su retorno a España y la fría recepción que experimentan sus componentes.

A primera vista, lo más llamativo de esta obra es el tono agresivo y directo con inclinación hacia los temas y aspectos bélicos más sórdidos, desagradables, y al mismo tiempo «realistas» que puedan hallarse en la literatura de la época. Mainer la clasifica de «violenta hasta la náusea» (27), mientras que otros críticos señalan el carácter «extremadamente violento y racista, con un lirismo muy canalla, a lo Malaparte o Céline» (Trapiello, 293).

La naturaleza controvertida del libro se hace evidente cuando se considera que, como explica Rafael García Serrano en el prólogo a la tercera edición, «fue materia suficiente para condenar a muerte a su autor» (Santa Marina, 1). Además, sufrió tanto la censura del gobierno de Primo de Rivera como la del de Berenguer, e incluso la del régimen formado por los correligionarios del mismo Santa Marina, los cuales en una de esas ironías de la historia no querían ofender a aquellos mismos moros que habían contribuido a la «Guerra de Liberación».

Algo parecido le sucedió al autor de la segunda obra que consideramos aquí. Giménez Caballero fue condenado a 18 años de prisión por los liberales con Romanones en el poder para después ser indultado por Miguel Primo de Rivera «aunque yo creí en el primer instante que si los liberales me pedían una veintena de años, un dictador me cortaría la cabeza» (Giménez Caballero, 6).

Este autodenominado «nieto del 98» desempeña una función crítica que está estrechamente vinculada a su espíritu regeneracionista y a su deseo latente por teorizar una adaptación *sui generis* del fascismo italiano para solucionar los problemas de España. Utilizando una secuencia episódica unida por ensayos breves de índole descriptiva, Giménez Caballero aprovecha la contienda marroquí para atacar los defectos principales de la administración, historia y mentalidad españolas. Sus dardos van dirigidos a la incapacidad de los políticos que, amparados por la incompetencia de la corona, subvencionan la gama de intereses creados que giran en torno al problema de Marruecos. Romanones, las compañías mineras y la corrupta burocracia del ejército con los militares profesionales a su cabeza inspiran las críticas más fuertes del autor, que interroga por los verdaderos motivos de la estancia española en el Rif.

Es interesante notar que la experiencia militar marroquí del autor, que en este caso es también el narrador, se limita al cumplimiento del servicio militar hecho en calidad de «cota» como llamaba el pueblo a los que podían pagar una cuota de reducción servicial» (Giménez Caballero, 6) en puestos de la retaguardia. Sus observaciones tienden al análisis exótico del mundo oriental y a una visión menos violenta y más reflexiva, preocupada por la identificación y clasificación de oposiciones culturales basadas en conceptos binarios. Así, en un capítulo se establece una comparación cualitativa y cultural entre un cigarrillo y una pipa de Kif que representan respectivamente a la civilización Occidental y a la Oriental. El narrador comenta «El olor del Kif trae a la memoria los campos calcinados, con chumberas, con riachuelos míseros, con reptiles... O bien los zanquizamíes de las villas morunas, oscuros y repulsivos, donde se acurrucan seres de pelos hirsutos... El olor del tabaco, de este tabaco rubio de miel, evoca las luces

eléctricas de un salón muellemente tapizado, donde rostros de finos rasgos se perfilan» (19).

Algunos críticos han querido buscar en el evocador título de esta narración una referencia a las *Cartas marruecas* de Cadalso. Sin embargo, me parece que este paralelo sólo se verifica en el espíritu crítico y estructura episódica de ambos libros, y en el estado militar y visión europeizante de ambos escritores. La obra de Cadalso tiene un matiz mucho más aristocrático y didáctico, y sobre todo optimista, manteniéndose fiel a las corrientes intelectuales de la Ilustración. Además las divergencias de temática e intención no invitan a una lectura intertextual ni mucho menos codependiente.

Diario de una bandera fue incluido en una serie de artículos que aparecieron en la *Revista de tropas coloniales* a partir de 1924. Como asegura su autor en la nota que sirve de prólogo,³ la pretensión literaria en la obra es escasa. Franco se esfuerza por quitarle toda apariencia de relato ficcional que el lector pudiera detectar, empleando datos geográficos precisos y fechas exactas para satisfacer cualquier intento de verificación.

La secuencia episódica corresponde a los acontecimientos que se desarrollan a partir del momento en que asume el mando de la primera bandera de la Legión en 1920. Cada capítulo representa la continuación de las operaciones militares que se llevaron a cabo primero en la zona occidental del Protectorado y después de Annual en las cercanías de Melilla. A lo largo de la narración se constata el interés que tiene el autor por subrayar los méritos y sacrificios de los legionarios. La repetición exagerada de los mismos adjetivos de adulación termina por desarticular el valor se-

³ «Al lector: No encontrarás en este libro una obra literaria; sólo hallarás el conciso y verídico relato del historial de una BANDERA, a la que el destino brindó el honor de derramar repetidas veces su sangre por España. El autor» (*Diario de una bandera*, Prólogo).

mántico de las descripciones heroicas que el narrador busca enfatizar. Así, el lector es consciente del bombardeo retórico al que está expuesto: «acudimos al fuego, cumpliendo nuestro credo legionario» (164), «el alférez Llaneza, de la 13ª, recibe muerte gloriosa» (184), «encontrando gloriosa muerte el alférez Ojeda» (177), «¡Hermoso ejemplo de soldado que dedica sus últimas palabras a cantar las glorias de su general!» (170). El propósito de esta exaltación está vinculado a la necesidad de plantear y justificar la postura de ascenso meritório que apoyaban los *africanistas*, ante el ascenso por antigüedad en el que insistían los partidarios de las Juntas de la Unión y Defensa. También, este libro sería utilizado como anzuelo para aumentar el número de voluntarios en las filas de la Legión. En las ediciones posteriores a la Guerra Civil se excluyen los pasajes más violentos incluyendo uno donde el narrador celebra la valentía de un legionario por haberle cortado las orejas a un contrario.

El espíritu prefascista que se detecta en los tres textos en cuestión aparece escindido o depurado de una manera tripartita, acogándose en cada narración a unos preceptos muy específicos. Al combinar la producción discursiva de la experiencia marroquí de los tres escritores juntos se delinea un programa político-ideológico en gestación. Es decir, que cada una de las narraciones elegidas aporta elementos independientes que conforman un corpus de ideas que funciona como sub-texto o inconsciente político de las mencionadas variantes.

A la vez, hay una serie de elementos que son globalmente compartidos por los tres escritores y que delatan el desarrollo de un proceso de toma de conciencia ante lo que observan e interpretan durante su estancia en Marruecos.

Para unos, como Santa Marina y Giménez Caballero, estas observaciones evocan recuerdos de la Península con la que se esta-

blecen paralelos para llevar a cabo una intención crítica. Así, Giménez Caballero ataca sutilmente al sistema capitalista (que por los años 20 ya se había implantado firmemente en España) ofreciendo un breve episodio en el que traza el ascenso económico de un cantinero militar que empieza como vendedor ambulante «Cesta al brazo, como la sombra sigue al cuerpo... y ante el quinto sofocado aparece la sardina frita y el rezumante botijo» (23-24), y una vez cruzado el estrecho sale del parapeto «a traficar con el mismo enemigo, para adquirir un poco de carne o de huevos» (24), y acaba instalado cómodamente en un establecimiento sólidamente construido donde, «Ya es una potencia, una fuerza viva de la localidad... le halagan los representantes administrativos de la patria» (25). La casi graciosa descripción con la que se sigue la prosperidad del tabernero queda repentinamente interrumpida cuando el narrador alude a los intereses creados que se anteponen a costa de sangre española, explicando «Y hasta los moros le cultivan. Los "pacos" son buenas gentes que saben disparar unos tiritos a tiempo, cuando las pocas fuerzas de una zona pacífica consumen menos patatas de las que se almacenaron para los regimientos numerosos de las épocas de movilización» (25). La curiosidad con la que el narrador se vale para atraer al lector queda paralizada ante la asociación que se establece entre un ejemplo del sistema capitalista en acción y la traición.

Años más tarde, el capitalismo quedaba relegado para la Falange como fuerza divisoria que a través de la competencia mermaba el espíritu nacional y exaltaba peligrosamente los intereses individuales. De esta manera en los veintisiete puntos programáticos de Falange Española de las J.O.N.S., se estipulaba «Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y a la desesperación» (Álvarez Puga, 68).

En *Tras el águila del César* la crítica hacia el sistema económico liberal adquiere un tono esperpéntico que se extiende a la parodia grotesca. Dionisio Ridruejo alude al matiz «tremendista» (168) de esta narración, y como ejemplo de esta clasificación en combinación con el ataque contra el capitalismo puede citarse un episodio titulado «¡Sandías! ¡Sandías!» en el que varios legionarios se pasean por las calles de Melilla con un carro tapado pregonando la venta de la mencionada mercancía. Ante la inquisición de una criada «Buenas ¿Y están maduras?», respondió uno y sacó por la coleta una testa de mojaméd. La otra se metió más corrida que una mona, entre las carcajadas de los espectadores» (34).

Esta deformación caricaturesca coincide en destacar no sólo los aspectos más desagradables de la contienda, sino que además los vincula despectivamente con el contexto de intercambio comercial propio de las sociedades consumistas. Solo que en este caso la naturaleza de la mercancía en venta deforma macabramente lo que en otras circunstancias sería un trato convencional. La relación entre vendedor y comprador queda desplazada y el resultado es la imagen de unos verdaderos mercaderes de la muerte.

Sin embargo, los ataques de índole específica van dirigidos contra los sectores económicos privados de aquellas empresas españolas que por medio de la influencia que ejercían en el gobierno, protegían sus intereses con el ejército español. Después de un sangriento combate por establecer hegemonía sobre el Monte Uisar, Santa Marina irónicamente comenta «Nuestra hazaña tuvo por premio... una barrica de vino manchego que nos mandó la Compañía de Minas del Rif, propietaria del monte» (69). La Compañía Española de Minas del Rif⁴ se había instalado

⁴ La responsabilidad que esta empresa tuvo en la serie de guerras que estallaron desde principios de nuestro siglo hasta la pacificación de 1927, ha sido ampliamente documentada tanto por estudios netamente históricos como *El colonialismo hispano-francés* de Morales Lizcano, como por relatos novelizados como *La forja de un rebelde* de Barea.

cerca de Melilla en 1908. Entre los accionistas de la empresa se encontraban «una nómina de plutócratas en la que se incluían algunos de los 100 grandes del capital industrial español» (Morales Lizcano, 79), miembros del gobierno y de la alta aristocracia incluyendo al Conde de Romanones y hasta al mismo Alfonso XIII. La movilización militar de 1909 que culminaría en la debacle del Barranco del Lobo, premonitorio de Annual, sucedió como consecuencia directa a los ataques rifeños contra los obreros que ponían vías para el ferrocarril. La labor estaba expresamente vinculada al transporte de mineral de hierro que era explotado por dicha organización y destinado al puerto de Melilla para su exportación a Europa.

Esta actitud crítica hacia los móviles financieros que sostienen la intervención en el protectorado no se constata de la misma manera en las páginas de *Diario de una bandera*. La ya tópica cauta disposición del narrador de esta crónica es mucho más superficial y aparece teñida de una afectada inocencia congruente con los intereses particulares del comandante, cuyo ascenso profesional se debe precisamente a los méritos acumulados en las innumerables oportunidades ofrecidas por los campos de batalla africanos «where the monotonous life of the garrison was left behind for "shooting and promotion"» (Carr, 415). Por lo tanto, la competencia e individualismo inherentes al sistema capitalista encuentran su correspondiente natural en el intercambio de servicios propios de la corporación militar.

Para Franco el personaje del cantinero militar adquiere una caracterización pseudo-heroica, situado en un escalafón inferior a los legionarios, pero a pesar de ello afiliado al ejército por unos lazos desinteresados de camaradería. En un pasaje de esta última narración que curiosamente por coincidencia une a los protagonistas de los ejemplos anteriores, el cantinero y las sandías, el narrador explica «Sólo Manolo, el valiente cantinero, visita a diario la

posición: los legionarios le conocen. Él les lleva el correo y las frescas sandías con que aliviar la sed; es portador de encargos, y a menudo atraviesa las zonas enfiladas para llegar a la posición. Una tarde le hieren gravemente al compañero, otro día le matan la caballería; pero él visita los puestos avanzados y ni un solo día les falta su correo» (100). Aquí ya se notan indicios de lo que posteriormente sería un punto de disensión entre el futuro jefe de estado y la organización fascista. La imagen del mercader y lo que representa aparece libre de cualquier connotación negativa aludiendo a una solidaridad patriótica que trasciende preocupaciones de provecho individual. Franco nunca participó del fascismo revolucionario que buscaba la reestructuración económica de España. Al contrario, sus orígenes le aproximaban mucho más hacia una postura conservadora en todos los sentidos, incluyendo el económico. De hecho, una modificación interpretativa del estatuto fundacional falangista tras el Decreto de Unificación de 1937, aparece en un artículo que salió en el *Sur*; ahí se explica que «Falange Point Ten recognized the legitimate rights of capitalists as one of the essential elements of production and stated only that the gross social injustices of capitalism would not be tolerated» (Fouquet, 168).

El libro de Franco acusa un discurso monolítico que constata el énfasis que el autor pone en la estricta documentación de la secuencia temporal de los acontecimientos que narra. La frialdad con la que sigue el hilo narrativo demuestra un esfuerzo de distanciamiento que se constata en la descripción y comentarios de momentos trágicos «El capitán Cobos de la legión, cae herido muy grave... no es nada. Un balazo en el vientre. ¡Pobre as de las ametralladoras! La herida le había de causar la muerte» (133) y en la falta de profundización psicológica. Por eso, la sensación de superficialidad está relacionada por una parte con la condición profesional del autor que procura mantenerse dentro de unos pa-

rámetros estéticamente atractivos, pero a la vez, ideológicamente comprometidos.

Otro elemento que se manifiesta repetidamente en los textos pertinentes, es un ideal de empresa nacional que pueda justificar el derrame de sangre española. Para Santa Marina, la Legión no es más que una versión moderna de los Tercios de Carlos V, sobre cuyos hombros recae la recuperación del imperio, y cuyos símbolos son adoptados. En su obra el comandante Franco manifiesta una actitud igualmente reivindicadora del pasado histórico, pero con un matiz «orientalista» propio de los colonizadores decimonónicos: «En el desastre, muchas mujeres fueron especialmente crueles, remataban a los heridos y les despojaban de sus ropas, pagando de este modo el bienestar que la civilización les trajo» (159). Sólo Giménez Caballero cuestiona el enfoque de esos ideales aludiendo al resultado de la labor edificadora que podrían ejercer los ingenieros militares españoles con la abundante mano de obra disponible «Los moros nos contemplarían absortos. Verían al hombre superior, que construye, que transforma. Es triste, no hacemos nada de provecho» (28). Aunque es evidente que la mentalidad imperialista persiste en esta narración, cambia la metodología empleada para cumplir con menos pérdidas los mismos objetivos de expansión colonialista.

La tendencia a la mitificación del pasado imperial, se extendería una vez iniciada la guerra civil a la sistemática apropiación ideológica de toda la literatura del Siglo de Oro. En un artículo importante, Kessel Schwartz explica cómo los críticos falangistas principales reunidos en torno al politizado ABC sevillano, reinterpretan las obras principales de la mencionada época para establecer paralelos históricos y afinidades ideológicas entre la España de los clásicos y el movimiento nacionalista. Entre los colaboradores más asiduos del diario cuentan los intelectuales más

consagrados de la España sublevada incluyendo a José María Pemán, Concha Espina y Pedro Sáinz Rodríguez.

La intención de estos escritores se hace evidente por su transparencia y premeditada repetición. Se trata de manipular los contenidos, el lenguaje y las ideas de los textos canónicos de la literatura española para identificar un continuo cultural que justifique la vigencia de las ideas propugnadas por la Falange.

De esta manera, José María Salaverría declara «Don Quijote no hay duda que pondría su lanza al servicio de Franco, dispuesto como nunca a pelear contra los malandrines rojos, y don Juan, el españolísimo, el de la terrible espada, haría completamente igual» (Schwartz, 209), apoderándose de las dos figuras más universales de la literatura española para asegurar la validez de la causa nacionalista.

La efectividad retórica de esta apropiación de la literatura española se debe a la cargada plenitud semántica que conllevan dichos referentes culturales. La imagen de don Quijote no sólo evoca toda una serie de asociaciones relacionadas con un alto sentido de integridad personal y con un prototipo de las cualidades españolas, sino que además se ofrece como símbolo de unidad nacional y de castellanismo.

De don Juan, el de Tirso y no el de Zorrilla, se recoge la tradición guerrera forjadora del Imperio que los fascistas buscan emular. Don Juan, héroe ficcional «who for honor, power, and glory helped the Spanish Empire» (Schwartz, 209), se convierte en la base psicológica para sostener con fundamentos culturales una postura ideológica.

Sin embargo, los orígenes de la recuperación propagandística y desficcionalización de la literatura áurea deben buscarse en Santa Marina y en la explotación ideológica que lleva a cabo en *Tras el águila del César*. La deuda con la generación del 98 y sobre todo con Unamuno se hace patente en el intento de reconfigu-

rar el perfil simbólico y darles una dimensión real a personajes ficticios.

Santa Marina aporta el matiz propagandista que conducirá a la mutación ideológica que sufrirán ambos personajes y todos los cánones literarios nacionales a partir de 1931. Su libro pretende integrarse tanto en la forma como en el contenido a la tradición de la literatura imperial. La prosa afectada, plena de construcciones arcaicas en las que predominan aquellas «con partícula enclítica (“Entráronse”, “incorporóse”) o la recurrencia de... el ilativo y (“y con su largo guante... Y uno de los cuatro... Y volviéndose a las tobilleras”))» (Mainer, 75) denota una clara intención por sublimar lo narrado. La artificiosidad discursiva no se limita a peculiaridades sintácticas, sino que además se extiende al empleo de un léxico culterano con numerosos latinismos y palabras rebuscadas.

Como ejemplo ilustrativo pueden citarse numerosas expresiones en latín que aparecen repetidamente insertadas en los diálogos que sostienen los personajes que aparecen en la obra, en su mayoría legionarios. Así, ante el cadáver de un legionario que se había batido valientemente durante una misión de rescate, el narrador señalará «Los moros le respetaron, *albo corvo ravior*, y sólo lleváronse sus botas» (87).

En otra viñeta, dos legionarios asignados a enterrar en una fosa común a sus compañeros de armas, intercambian impresiones mientras lanzan sus cuerpos asidos por la cabeza y los pies «Iban por el aire y caían en la fosa como Dios quería. Se oía el golpe de los cuerpos contra la arena. —¡Otro que llegó sin novedad...! —*Placide quiescas!*» (53). Conjuntamente, se intercalan varios dísticos en latín que sirven para resumir a manera de moraleja la lección práctica que el narrador pretende. Las afinidades que este estilo tiene con textos medievales como *El conde Luca-*

nor refuerza la adaptación de modelos tradicionales para llevar a cabo una exposición ideológica moderna.

Otro aspecto formal que se enlaza con el estilo empleado por el escritor santanderino es la mezcla intermitente y amena de prosa y poesía a lo largo de la narración. Con frecuencia los poemas presentados son préstamos de la literatura popular con una predilección por los romances históricos de la Reconquista y de las campañas Carolingias. La sensación de un desplazamiento contextual se hace evidente ante las fluctuaciones en el hilo narrativo que combina indiscriminadamente situaciones paralelas sin consideraciones cronológicas. El marco temporal africano del Tercio de extranjeros se desdobra hacia una realidad pretérita legendaria, situando a este cuerpo militar en el saqueo de Roma y en las campañas de Flandes. El lector queda sumergido en un remolino histórico que ha sido manipulado por el narrador para incorporar a la guerra marroquí en los anales épico-míticos del imperialismo hispano.

Las restantes composiciones en verso aparecen en forma de sonetos apócrifos a la manera garcilasiana, con insistencia en la imagen del hombre renacentista ducho en armas y letras que en su día protagonizó la expansión imperial, y en una surtida serie de epígrafes que apropiadamente matizan o resaltan idealizaciones de cualidades caballerescas y militares. El honor, el heroísmo, el sacrificio, la lealtad se manifiestan como atributos valorados por encima de cualquier concepto intelectual.

Para Santa Marina, el conflicto marroquí adquiere un matiz de guerra santa brutalizada donde el sacrificio individual y colectivo por la patria, y sobre todo por la Legión, implica una experiencia metafísica. La cualidad de purificación espiritual que el escritor busca atribuirle a la acción heroica, contrasta desproporcionadamente con la violencia gratuita y con una recreación sado-maso-

quista en la descripción de aquellas escenas donde aparecen la mutilación y a muerte.

Podemos establecer una visión de conjunto de los diversos aspectos que son más o menos constantes en las novelas en cuestión, a partir de las reflexiones de Andrés Trapiello. Hablando sobre la literatura falangista que surgiría a partir de 1937, Trapiello destaca que «el lenguaje tendió a cierto clasicismo, y las ideas se tiñeron de neoplatonismo» (204). Antecedentes de lo que sería la retórica oficial de la España del régimen se constatan en *Tras el águila del César* en versos como:

La realidad encontrarás en ellas
sublimada, sin la dura cadena
que une a los actos de los hombres, llena
de ilusión, como un viaje a las estrellas (151)

Siguiendo la misma pauta, a lo largo de su obra Santa Marina titula «Noche oscura del alma» a un episodio en el que para desconcierto del lector los desesperados gritos del narrador por una señal de presencia divina en forma de guía espiritual queda truncada por un superficial juego metafórico «y vi todo el campo lleno de lucecitas que se movían (los moros buscaban sus caídos) y parecióme como si todas las estrellas hubieran bajado hasta nosotros y jugaran a juegos de niños» (88). La intención de estas intromisiones de un elemento espiritual parece implicar una crisis del sistema de valores civiles y religiosos con la que se topa cualquier soldado ante la realidad de una guerra.

Como solución a la planteada problemática, existen dos salidas: o la condena total de todo el aparato socio-económico que provoca tales conflictos, o la sublimación y justificación ideológica de los mismos. Los escritores sociales de los años treinta, Díaz Fernández, Sender y Barea responden a esta situación por medio de la ficcionalización antiheroica y denuncia humana de la guerra marroquí. Los narradores prefalangistas reaccionan de una

manera opuesta resaltando aquellos aspectos que aseguren la supervivencia psicológica y moral de una ideología. Patricia Fouquet alude a este fenómeno señalando: «Most fascist movements had strong religious and mystical overtones; where they were not involved with an already established national religion, fascist parties usually raised a nation's history or leaders, or both, to the status of a religion» (59).

Esta línea de escritura está vinculada con un esfuerzo por «estetizar» la vida política que según Benjamin responde a una situación propia de la modernidad donde «self-alienation has reached such a degree that it can experience its own destruction as an aesthetic pleasure of first order. This is the situation of politics which Fascism is rendering aesthetic, Communism responds by politicizing art» (244). En ese sentido, ya hemos visto cómo el realismo social de izquierdas tiende a utilizar el *tremendismo* como medio de sublimar la realidad extremadamente fetichizada del capitalismo de entre guerras. Así, las atrocidades de la guerra representan el altar donde el «yo» se sacrifica para llegar a la unidad mística con el dios secular que es la comunidad nacional.

En definitiva, la complejidad de todos los motivos que se han analizado en este estudio se organiza en torno a la búsqueda de una unidad retórica coherente que articule un discurso ideológico.

OBRAS CITADAS

- Álvarez Puga, Eduardo. *Diccionario de la falange*. Barcelona: DOPESA, 1977.
- Benjamin, Walter. «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction» en *Illuminations*. Nueva York: Harcourt-Brace-World, 1968, 219-251.

- Carr, Raymond. *Spain 1808-1975*. Oxford: Oxford UP, 1982.
- Fouquet, Patricia. «The Falange in Pre-Civil War Spain: Leadership, Ideology,...» Tesis doctoral, Universidad de San Diego, 1972.
- Franco Bahamonde, Francisco. *Diario de una bandera*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1956.
- Giménez Caballero, Ernesto. *Notas marruecas de un soldado*. Barcelona: Planeta, 1983.
- Mainer, José-Carlos. *Falange y literatura*. Barcelona: Labor, 1971.
- Morales Lizcano, Víctor. *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid: Siglo Veintiuno, 1976.
- Ridruejo, Dionisio. *Casi unas memorias*. Barcelona: Planeta, 1976.
- Santa Marina, Luys. *Tras el águila del César: Elegía del Tercio, 1921-1922*. Barcelona: Planeta, 1980.
- Strachey, John. *Literature and Dialectical Materialism*. Nueva York: Haskell House, 1974.
- Sucks, Titus Thomas. «The "esthetization" of Political Life: Culture and Fascism», Tesis doctoral, Universidad de Oregón, 1985.
- Schwartz, Kessel. «A Falangist View of Golden Age Literature». *Hispania* 49.2 (1966): 206-210.
- Trapiello, Andrés. *Las armas y las letras: literatura y guerra civil*. Barcelona: Planeta, 1994.